

VENTISQUERO PERITO MORENO
(Dos visitas: diciembre 1970 - Marzo 2002)
Primera parte

por
Crítico (L.M.E.)

Córdoba, 24 de febrero de 2008

A: jmchico@paraiso.net
De: luismoisset@arnet.com.ar
Asunto: Cartas pendientes

Querido José María:

Tengo pendientes en borradores varias cartas; no las he pasado en limpio a raíz de la desaparición del excelente "buzón" para el correo celestial que era la "Lunes 4 y 30", que ya no cumple esas funciones desde que Enrique Colomer dejó su dirección.

Te pido disculpas, pero te aseguro que en algún momento reanudaré nuestra correspondencia.

Crítico (L.M.E.)

A: luismoisset@arnet.com.ar
De: jmchico@paraiso.net
Asunto: Excusas y vanidad

Moradas celestiales

Querido Luis:

Eres incorregible; tu excusa es pueril, ya que no necesitas ningún "buzón" para comunicarte conmigo, ya que con frecuencia lo has hecho por correo electrónico. Lo que me dices es simplemente muestra de tu incurable vanidad, que no se conforma si las misivas que envía a su amigo no son publicadas y leídas por otro. Pese a ello te disculpo y te pido que me hagas llegar copia de las misivas que enviaste a tu amigo Néstor Musto, con motivo de las visitas que realizaste al Ventisquero Perito Moreno.

Con el afecto de siempre, te envía un fuerte abrazo

José María Chico y Ortiz
Registrador de estrellas

A: jmchico@paraiso.net
De: luismoisset@arnet.com.ar
Asunto: Re: Vanidad. "Ventisquero Moreno"

Córdoba, 25 de febrero de 2008

Querido José María:

¡Eres implacable con mi vanidad! Ya en otras oportunidades me has reprochado, con toda razón, ese defecto. ¡Qué difícil me resulta corregirlo!

De cualquier manera seguiré tu consejo y desempolvare las misivas que envié a Musto vinculadas con las visitas que realicé al Ventisquero Perito Moreno. Hoy te enviaré una parte y mañana proseguiré hasta concluir

Criticón (L.M.E.)

A: luismoisset@arnet.com.ar
De: jmchico@paraiso.net
Asunto: Re: "Ventisquero Moreno"

Moradas celestiales

Querido Luis:

Aunque en el Paraíso no tiene vigencia el "tiempo" terrenal,
espero con ansiedad tus cartas.

Con el aprecio de siempre

José María Chico y Ortiz
Registrador de estrellas

A: jmchico@paraiso.net
De: luismoisset@arnet.com.ar
Asunto: Ventisquero Perito Moreno

Córdoba, 25 de febrero de 2008

Para cumplir lo prometido reproduzco a continuación la
primera de las cartas que dirigí a Néstor Musto.

Córdoba, 18 de marzo de 2002

Néstor:

Hace algo más de 31 años, a fines de noviembre o primeros

días de diciembre de 1970, tuviste la excelente idea de llevarme a conocer el ventisquero Moreno, que me impresionó como una de las maravillas de la naturaleza, como no he cesado desde entonces de proclamarlo. Poco después me casé con Azucena y siempre le expresé mi deseo de llevarla, pues deseaba que ella gozase de ese espectáculo sin par, hecho que ha sido reconocido por la Unesco en 1981, al incluirlo entre los sitios que son "patrimonio de la humanidad".

Recién he podido hace diez días concretar esa intención, y no solamente me ha acompañado Azucena, sino también nuestra hija Marcela. Ambas han quedado sobrecogidas de emoción ante el espectáculo imponente.

Al regresar fue mi propósito escribirte de inmediato, pero como tenía la idea de que podía en aquella época haber escrito alguna carta que describiese nuestra excursión, comencé a buscarla, como también las fotografías que -eso sí- tenía la seguridad de haber tomado, y que tanto mi mujer como mi hija no recordaban haber visto. Pospuse pues estas líneas para hacerlo recién cuando hubiese encontrado ese material.

Lamentablemente no encontré en mis archivos ninguna correspondencia con datos de ese viaje, pero ayer hallé los diapositivos, de los que procuraré hacer copia para enviarte, en especial uno en que aparece tu figura, con campera de cuero, recortándose contra los hielos del ventisquero, y otro en que estás cerca del comisario de Calafate, mientras éste apoya su mano en el muro de hielo.

La falta de correspondencia vinculada con ese episodio me impulsa a comenzar, aunque el viaje haya sido compartido, con un relato de aquella visita, para contrastar con la que hemos hecho ahora.

En primer lugar, lo único que consta en mis archivos es que las conferencias que dí en el Superior Tribunal de Santa Cruz fueron los días 27 de noviembre (viernes), 30 de noviembre (lunes) y 1º de diciembre (martes). ¿Habrá ocupado nuestro viaje a Calafate los días 28 y 29 de noviembre? Es decir los días sábado y domingo, en medio del Ciclo...; en un momento pensé que pudo ser así, pero tengo dudas, porque es posible que no hubiese alcanzado el tiempo para regresar el lunes a dictar una de las conferencias.

Recuerdo que partimos de Río Gallegos en un coche del Superior Tribunal (¿lo conducías tú?), y por un camino enripiado atravesamos de este a oeste la desierta estepa patagónica, donde a lo largo de 320 kilómetros sólo vimos un par de cascotes de estancias, o puestos, en algún cañadón... y también algunas ovejas que llevaban ya una marca roja en el lomo cuando habían sido esquiladas. Un hermoso día soleado nos acompañó durante todo el viaje.

Al cabo de ese largo recorrido, que a algunos parecerá monótono, pero que debe hacerse para apreciar la inmensidad de ese desierto castigado por el viento y la falta de agua, llegamos a Calafate, pequeñísima población que por ese entonces no alcanzaba al millar de habitantes. Se reducía a medio centenar de casuchas y el único lugar para alojarse eran una media docena de rústicos bungalows del Automóvil Club Argentino, institución que en aquellas épocas brindó inestimables servicios al país, atendiendo en los lugares más inhóspitos y apartados.

Hoy se llega a Calafate de manera directa en vuelos, que aterrizan en su moderno aeropuerto, del que posiblemente te hable más adelante, o por vía terrestre por un excelente camino pavimentado, ruta que ha reemplazado al ripio que nosotros tuvimos que transitar. Sin embargo no creo que la mayor velocidad, que permite recorrer el tramo Gallegos - Calafate en mucho menos tiempo que el que nos demandó, empañe la impresión que uno capta allí de la meseta patagónica.

Nos recibió en Calafate el Jefe de Policía de la zona, quien nos condujo al Automóvil Club, donde nos habían reservado alojamiento.

Caía ya la noche, que prometía ser fresca, por lo que fue necesario encender las estufas de hierro, alimentadas a leña, que había en los bungalows. Si no me equivoco, lo hicimos sin utilizar la botella de kerosén colocada para auxiliar a los inexpertos, pues supimos armar la pirámide de leños con papel al centro de la parte baja, y tiraje suficiente para que encendiesen sin el auxilio de otro combustible, que es maloliente e incluso peligroso.

A la mañana siguiente nos buscó el Jefe de Policía en su jeep, provisto de una rejilla de alambre protectora del parabrisas, que evitaba que las piedras desprendidas por otros coches rompiesen

el vidrio-, para conducirnos hasta el ventisquero.

Quiero aquí recordar que ese año 1970, a fines del verano, se había producido una ruptura del dique de hielo, luego del avance más notable que se ha registrado del ventisquero, que embalsó de tal forma las aguas del lago inferior, es decir el lago Rico y sus subsidiarios, de manera que subieron hasta una altura nunca antes alcanzada (he visto en los registros que fueron algo más de 36 metros sobre el nivel normal).

Ese anegamiento excepcional llegó a amenazar estancias, o puestos de estancias ubicadas en las cercanías de los lagos inferiores (como el Roca) y los periódicos dieron noticias de que la aviación naval había intentado colaborar acelerando la ruptura mediante el bombardeo del paredón de hielo, sin lograr más que hacerle algo de "cosquillas"; la ruptura se produjo recién cuando la naturaleza dispuso que sucediera.

En los 60 kilómetros que debimos recorrer desde Calafate hasta el ventisquero, después de un tramo de estepa en la primera mitad del trayecto (las orillas del lago Argentino, a la altura de Calafate, carecen de vegetación porque las lluvias son muy escasas), al acercarnos a los macizos cordilleranos comenzó a aparecer el bosque de árboles autóctonos (lengas, cohiues y ñires). Para llegar al ventisquero lo hicimos bordeando el lago Rico, y entonces comenzó a impresionarnos la amplia franja de árboles secos, que indicaban la altura extraordinaria que habían alcanzado las heladas aguas endicadas, que ahogaron y mataron enormes árboles, posiblemente centenarios.

Ésa fue otra de las imágenes imborrables que me dejó aquella visita; como en la novela, podíamos decir: "Los árboles mueren de pie". Hoy el panorama en esa zona es otro; en las márgenes del lago ha quedado una ancha franja sin vegetación, no ha crecido nada en reemplazo del bosque muerto, y sólo si uno se acerca ve algunos pocos troncos caídos, y los "tocones" que han quedado en la base de aquel bosque.

Agregaré un par de acotaciones. Hoy, para llegar al ventisquero, Parques Nacionales cobra una entrada de ingreso; en aquella época aunque la ley de Parques Nacionales ya existía, el Parque de los Glaciares no estaba delimitado, ni tenía ninguna

custodia. Cerca del ventisquero se puede consultar un Registro de las rupturas que se han sucedido a lo largo del siglo XX, después de cada gran avance de los hielos, y allí está el dato de la altura alcanzada en 1970, y también de la cadena de posteriores rupturas hasta 1988, fecha en que ha dejado de producirse el endicamiento y en el lugar que visitamos hay un "canal", que une de manera permanente el lago inferior, es decir el lago Rico y los que a él se encadenan, con el lago superior, es decir el lago Argentino, que tiene salida permanente hacia el mar por el río Santa Cruz.

Para dar cima a esta etapa de recuerdos, antes de pasar al relato de la reciente visita, evocaré nuestra aproximación al paredón de hielo, que llegamos a tocar con nuestras manos, algo que sin duda es muy peligroso pues dicen que en muchas oportunidades se han producido accidentes fatales de quienes se arrimaban a la pared del ventisquero y resultaban heridos por sus desprendimientos de hielo.

Nosotros, guiados por el Jefe de Policía, cometimos ese "desatino", y una de mis fotografías documenta el momento en que él posa su mano en la pared, mientras tu te encuentras cerca. Yo también lo hice, pero nadie fotografió esa "hazaña". ¡Qué impresionante era acercarse a la pared de hielo, de 60 ó 70 metros de altura! ¡Resultaba sobrecogedor!

Pero, más impresionante todavía, era observar el suelo, la base de roca en que asentaba el ventisquero, y el efecto incontenible de las fuerzas de la naturaleza, ya que el avance de esa imponente masa de hielo había barrido a lo largo de un centenar de metros la tierra y rocas sueltas que antes la cubría, descuajando y arrastrando los enormes árboles que allí crecían, ¡como quien empuja una alfombra, plegándole su borde y dejando el piso al descubierto!

Aunque la ruptura del dique de hielo, producida en los primeros meses del año, debió nivelar la altura del brazo inferior (lago Rico), con la del brazo superior (lago Argentino), recordarás que en ese momento no estaban unidos sino que se veía bastante abajo el nivel del Rico y no había comunicación entre ambos lagos, como lo acreditan las fotografías que tomé.

En ese momento no me detuve a pensar en la razón de esa falta de comunicación; pero en esta oportunidad, al ver abierto el

canal permanente de comunicación, he debido reflexionar y preguntarme: ¿sería que en los meses que habían transcurrido desde la ruptura, el muro de hielo había vuelto a avanzar, cerrando la comunicación? ¿o se debería a que en esos meses, correspondientes al invierno, el lago Rico no había recibido casi agua por haberse congelado los ríos y arroyos que lo alimentan, y el nivel había bajado por evaporación? ¿O se habrían conjugado ambos factores? El hecho es que en ese momento no estaban unidos los dos brazos del lago y pudimos llegar a pie firme hasta la pared de hielo.

Tengo también algunas fotografías del brazo Norte, que ahora me he enterado denominan en esa parte: "canal de los témpanos", y en ellas registro precisamente varios témpanos flotantes, que destacan por su coloración celeste claro, debida a la transparencia adquirida con los reflejos de la luz solar.

Ahora, curiosamente, aunque en el Rico flotaban algunos pequeños témpanos, en el "canal de los témpanos" no se veía ningún trozo grande.

Suspendo aquí la evocación de esos recuerdos que dejaron en mi mente imágenes que parece grabadas de manera indeleble.

Proseguiré luego, en otro mail, pero ocupándome de la nueva visita a Calafate.

Recibe un fuerte y cordial abrazo, que te ruego hagas extensivo a todos los tuyos

Luis Moisset